

los animales de la vecindad. Pero quien entraba triunfante aquel día era el sol, era la vida, que tomaba posesión de estas ruinas trágicas donde revoloteaban los pájaros, y las balluecas germinaban hasta en los mantos de las antiguas imágenes. Dominando el altar, un gran Cristo de madera pintada y dorada reinaba todavía, estiraba el cuerpo débil y dolorido de ajusticiado, salpicado de sangre negra cuyas gotas resbalaban como lágrimas.

Durante el Evangelio oyó un estallido más fuerte, polvo y pedazos de yeso cayeron sobre el altar. Después, al Ofertorio, el ruido volvióse desgarrador, siniestramente seco; pareció que el edificio oscilaba algunos segundos antes de aplastarse. Entonces el sacerdote, reuniendo las últimas fuerzas de su fe, al alzar, puso toda el alma en suplicar á Dios que hiciera el milagro, cuyo resplandor glorioso y salvador él esperaba hacía tanto tiempo. Si Dios quería, el templo iba á volver á su juventud vigorosa; los fuertes lares sostendrían la nave indestructible. Los albañiles no hacían falta, bastaba la Omnipotencia divina; renacería un magnífico santuario, con capillas de oro, vidrieras de púrpura, maderas maravillosas, mármoles brillantes, mientras un pueblo de fieles arrodillados cantaría el cántico de la resurrección, entre millares de cirios, al resonar de las campanas echadas al vuelo. ¡Oh Dios de soberanía y de eternidad, reconstituid con un ademán vuestra casa augusta, sólo vos podéis volver á levantarla, llenarla de vuestros adorados reconquistados, si no queréis ser aniquilado Vos mismo bajo sus escombros! Y en el momento en que el sacerdote levantaba el cáliz, no fué el milagro pedido lo que se produjo; fué el aniquilamiento. En pie estaba, ambos brazos levantados en soberbio ademán de creencia heroica, provocando á su soberano Señor á morir con él; se había llegado al fin del culto. Se abrió la bóveda como al golpe del rayo, se hundió el techado en un torbellino de cascote, con el rugido espantoso de un trueno. Sacudido, osciló el campanario, se desmoronó á su vez, acabando de aplastar la nave y arrastrando el resto de las paredes. Y no quedó nada bajo el claro sol más que un mon-

tón enorme de escombros, en el cual no se encontró siquiera el cuerpo de Marie, como si el polvo del altar aplastado se hubiera comido su carne y bebido su sangre. Y tampoco se encontró nada del gran Cristo de madera pintado y dorado, hecho polvo también. Una religión más había muerto; el último sacerdote diciendo la última misa en la última iglesia.

Durante algunos días se vió al viejo Hermeline, el antiguo profesor, que vagaba alrededor de los escombros, hablando en voz alta como hacen los muy viejos cuando una idea fija les acosa. No se distinguían bien sus palabras; parecía seguir discutiendo, echando en cara al pobre cura el no haber obtenido de su Dios el milagro necesario. Después, una mañana, se le encontró muerto en su lecho.

Más tarde, limpio aquello de escombros, se formó allí un jardín de hermosos árboles, calles sombrías á través de embalsamadas paredes. También allí vinieron amadores como iban en las noches placenteras al Parque de la Crèche. La Ciudad feliz seguía ensanchándose, los niños crecían, formaban nuevas parejas de amantes, cuyos besos en la sombra sembraban otros niños para las continuas cosechas futuras. Después del día alegre de trabajo, de cada mata subían rosas abiertas, y en este jardín religioso, donde dormía el polvo de una religión de miseria y de muerte, crecía ahora la alegría humana, la vida floreciente rebosando.

#### IV

Diez años todavía necesitó la ciudad para quedar fundada y organizarse dentro de la justicia y la paz. Y al fin de esos años, un 20 de Junio, vispera de una de las fiestas mayores del Trabajo, que se celebraban cada trimestre, en las cuatro estaciones, Bonnaire tuvo un encuentro.

Próximo á los 85 años, Bonnaire era el patriarca, el héroe del trabajo. Conservábase erguido, alto y fuerte, y con su cabeza firme de espesos cabellos blancos, muy despierto, sano y alegre. El revolucionario de otros tiempos, el colectivista teórico á quien había aplacado la dicha cumplida de sus camaradas, vivía ahora en la recompensa de un gran esfuerzo, la conquista de la armonía solidaria, en medio de la cual, veía crecer felizmente á sus nietos y biznietos. Representaba uno de los últimos obreros sobrevivientes de la gran lucha, uno de los combatientes de aquella reorganización del trabajo, que había traído consigo un justo reparto de la riqueza, al propio tiempo que devolvía al trabajador su nobleza, su personalidad libre de hombre y de ciudadano. Y cubierto de años y de gloria, mostrábase orgulloso de haber ayudado, merced á su numerosa descendencia, á la fusión de las clases enemigas; de ser todavía útil, por su belleza y su bondad de jefe de familia, en el crepúsculo de su existencia.

La citada tarde, al declinar el día, Bonaire paseábase en la entrada de las gargantas de Brias. Sin más apoyo que un bastón, acostumbraba á dar largos paseos á pie, por el gusto de contemplar nuevamente el paisaje, evocando antiguos recuerdos. Había llegado precisamente al punto del camino en que antes se hallaba la puerta del Abismo, desaparecido tiempo ha. También existía entonces, sobre el Mienna, un puente de madera, del cual no existía ni rastro, por haber sido cubierto el torrente en una extensión de cien metros para que pasase un amplio «boulevard». ¡Cuántos cambios habían ocurrido! ¿Quién sería capaz de reconocer la antigua entrada fangosa y negra de la fábrica maldita, en aquel sitio, en el recodo de aquella avenida tan tranquila y serena, flanqueada de alegres casas? Y á punto que se detenía un momento, luciendo su gran estatura, su gran belleza de anciano dichoso, tuvo la viva sorpresa de ver, caído sobre un banco, á otro viejo que parecía minado por la miseria, con el vestido andrajoso, ajada la cara, el pelo en desorden, flaco el cuerpo y estremecido por todas las fiebres devoradoras.

—¡Un pobre!—exclamó en voz alta, lleno de asombro.

Era, en efecto, un pobre, y hacia ya muchos años que Bonnaire no encontraba ninguno. Aquel, á la verdad, no era del país á todas luces. Con los zapatos y los vestidos blancos de polvo, debió haber caído allí, agotado por la fatiga, á la entrada de la ciudad, después de caminar días y días. A sus pies veíanse el palo y el zurrón vacío, que sus manos cansadas no habían podido sostener por más tiempo. Con aire fatigado y la vista errante, miraba á su alrededor como hombre perdido que no sabe dónde se halla.

Profundamente apiadado, Bonnaire dió un paso adelante.

—Buen amigo, ¿puedo servirle en algo?... Está usted sin fuerzas y, al parecer, en un grave apuro.

Y como el pobre no respondiese, la mirada espantada errante de un lado al otro del horizonte:

—¿Tiene usted hambre? ¿Necesita usted una buena cama? Le guiaré á usted y aquí encontrará ayuda y socorro.

Por fin, el anciano miserable, destrozado, se decidió, balbuceando en voz baja, como quien habla consigo mismo:

—Beauclair, Beauclair, ¿es esto Beauclair efectivamente?

—Sin duda, Beauclair; está usted en Beauclair, de fijo—declaró sonriendo el antiguo maestro pudelador.

Mas al ver que el pobre daba señales cada vez mayores de una inquieta sorpresa, llena de dudas, comprendió al fin lo que ocurría.

—Conoció usted el Beauclair de otros tiempos y quizá hace mucho que no viene usted por aquí.

—Sí, más de cincuenta años—respondió el desconocido con voz sorda.

Bonnaire lanzó una carcajada.

—Entonces no me maravilla que le cueste á usted reconocer el sitio. Ha cambiado algo... Mire usted. De aquí mismo ha desaparecido la fábrica del Abismo, y allá abajo, todo el Beauclair viejo, el caserío miserable, se ha derribado; y ya ve usted, ha nacido una ciudad nueva, continuando el Parque de la Cré-

cherie, que ha invadido con sus verdores la villa antigua, convirtiéndose en un jardín inmenso en que las casitas blancas sonríen entre los árboles.... Naturalmente, hace falta reflexionar un poco antes de orientarse.

El pobre había seguido estas explicaciones volviendo los ojos á los sitios que el anciano, movido de dulce alegría, le designaba con la mano. Pero nuevamente movió la cabeza, resistiéndose á creer en la verdad de lo que se le decía.

—No, no me convenzo, esto no es Beauclair... Ahí están, efectivamente los dos promontorios de los montes Bleuses, entre los cuales se abre la garganta de Briás, y también yea, á lo lejos, el llano de la Rumaña. Pero no queda más. Estos jardines y estas casas son de otro país, de un país rico y encantador, que me es desconocido.... Habré de reanudar la marcha, pues seguramente he equivocado el camino.

Hizo un esfuerzo para levantarse del banco, recogiendo el palo y el zurrón, y al propio tiempo, sus miradas se fijaron por primera vez en el amable y afectuoso anciano. Hasta entonces había permanecido como replegado, mirando vagamente, hablándose á media voz. Y de pronto, á la primera ojeada que echó sobre Bonnaire, enmudeció, pareció estremecerse, con gran prisa para alejarse. ¿Tal vez había reconocido la persona, ya que no reconocía el lugar? Y Bonnaire se sintió tan impresionado con la llamarada súbita que vino á iluminar aquella cara desfigurada, cubierta de pelo, que la examinó con mayor atención. ¿Dónde había visto él aquellos ojos claros incendiados por salvaje violencia en ciertos momentos? Bruscamente el recuerdo se le despertó y tembló á su vez, mientras que el pasado entero revivía en el grito que salió de sus labios:

—¡Ragú!

Creíasele muerto cincuenta años ha. ¿No fré acaso el suyo aquel cuerpo tan mutilado, hecho añicos que se halló en el fondo del abismo de los montes Bleuses al día siguiente de la fuga, después de cometido el crimen. ¡Y vivía, vivía aún, Dios santo! ¡Reaparecía, y esta resurrección extraordinaria, este muerto que sur-

gía del sepulcro después de tantas cosas como habían ocurrido, traía consigo la sorda angustia de lo que sucediera en otro tiempo y de lo que sucedería en el porvenir!

—¡Ragú, Ragú! ¿eres tú en efecto?

Otra vez tenía el bastón en la mano, el zurrón á la espalda; pero ya que lo había reconocido ¿á qué conducía el seguir adelante? No cabía que hubiese equivocado el camino.

—Soy yo sin duda, amigo Bonnaire; y puesto que todavía vives, aunque me llevas diez años, también puedo vivir yo, verdad es que muy estropeado, casi incompleto.

Y luego, con su tono burlón de siempre:

—Pero, ¿me dás tu palabra de que esto es efectivamente Beauclair, todo ese jardín magnífico, con sus preciosas casas? He llegado, pues, al término de mi viaje y no me queda más que buscar una posada en que me dejen dormir en un rincón de cuadra.

¿Por qué volvería? ¿Qué proyectos se agitaban en aquel cráneo.... tras aquella cara torturada por muchos años de vida vagabunda y relajada? Cada vez más inquieto, invadido por el temor, Bonnaire se lo figuraba ya turbando la fiesta del día siguiente con algún escándalo. No se atrevió á preguntarle, por de pronto. Pero quiso tenerle bajo su mira, lleno también de piedad, tocado en el corazón al verle en tal miseria.

—Aquí no hay posadas... pero vendrás á mi casa. Comerás á tu gusto y dormirás en una cama limpia. Luego, hablaremos, me dirás lo que deseas y, si es posible, te ayudaré para que quedes satisfecho.

Ragú siguió bromeando.

—¡Lo que yo deseo! Nada, no es cosa que importe la voluntad de un viejo mendigo, medio valetudinario. Quiero volveros á ver, echar de paso una ojeada al lugar donde nací. Me atormentaba esa idea y no hubiese muerto tranquilo de no volver á pasearme un poco por estos sitios.... ¿No te parece? Eso, á todo el mundo le está permitido. ¿No siguen siendo libres los caminos?

—Sin duda,

—Me puse, pues, en marcha. ¡Oh, hace un puñado de años! Cuando no se tienen buenas piernas y se carece de dinero, se viaja despacio. Pero, así y todo, se llega, puesto que estoy aquí... Y no hay más; vamos á tu casa, puesto que me ofreces hospitalidad como buen compañero.

Caía la noche, y los dos ancianos pudieron atravesar lentamente el nuevo Beauclair sin que nadie les viese. Ragú seguía asombrado, lanzando miradas á derecha é izquierda, desconociendo todos los sitios por donde pasaban. En fin, cuando Bonnaire se detuvo ante una de las casas más bonitas, bajo un bosque de hermosos árboles, exhaló un grito, en que reapareció su alma de antes:

—¡Has hecho fortuna, te has convertido en burgués! El antiguo maestro pudelador se echó á reír.

—Nada de eso; ni he sido ni soy más que un obrero. Lo que hay de cierto es que todos hemos hecho fortuna, que todos somos burgueses.

Ragú sonrió irónicamente, como si se tranquilizara su temor lleno de envidia.

—Un obrero no puede ser burgués, y mientras uno trabaja es que no ha hecho fortuna.

—Bueno, bueno... ya hablaremos y te explicaré eso... Ahora entra.

A la sazón, Bonnaire estaba solo en aquella casa, que era la de su nieta Claudia, casada con Carlos Froment. Mucho tiempo antes había muerto el viejo Lunot, y su hija, la hermana de Ragú, la terrible Pelos, había fallecido también el año anterior, tras un riña terrible en que, como ella decía, se le había revuelto la sangre. Cuando Ragú supo esta doble pérdida, que en su casa faltaban para siempre su hermana y su padre, tan sólo hizo un gesto, dando á entender que lo esperaba así, á causa de la avanzada edad de aquellos. Tras medio siglo de ausencia, no hay motivo para asombrarse de no encontrar á las gentes.

—Aquí estamos en casa de mi nieta Claudia, hija de mi primogénito Luciano que se casó con Luisa Mazelle, la hija de los rentistas de quienes debes acordarte. A su vez, Claudia se ha casado con Carlos Froment, hijo del dueño de la Crêcherie. Precisamente

acaban de marchar para dejar en Pormeries, en casa de una tía, á su chiquilla Alicia, una rapaza de ocho años, y no estarán de regreso hasta mañana por la noche.

Luego, alegremente, concluyó así:

—Hace pocos meses que los chicos me han tomado á su cargo, para mimarme... La casa es nuestra; come y bebe, y después te conduciré á tu alcoba. Mañana, cuando sea de día, ya veremos.

Ragú le había escuchado como aturdido. Aquellos nombres, aquellos matrimonios, las tres generaciones desfilando rápidamente, le llenaban de confusión. No había manera de comprender, de orientarse en medio de aquellos sucesos desconocidos, de aquellos matrimonios y nacimientos. Sin hablar palabra, comió ávida-mente carne, fiambre y frutas, sentado á la mesa... y abundante, en la sala luminosa que una lámpara eléctrica inundaba con viva claridad. La sensación de bienestar, de comodidad de que se sentía rodeado, debía pesar gravemente sobre sus espaldas de viejo vagabundo, pues parecía más aviejado, más acabado aún, mientras que, la cara pegada casi al plato, devoraba mirando á través toda aquella dicha que no le pertenecía. Los profundos odios acumulados, la fiebre de venganza impotente, el sueño, ya irrealizable, de triunfar al fin sobre el desastre de los demás, exhalábase de su mismo silencio, del aplanamiento que le producían las entrevistas riquezas. Y mientras comía de aquel modo, Bonnaire, nuevamente inquieto de verle tan sombrío, tan sospechoso, se preguntaba merced á qué desconocidas aventuras había podido ir rodando durante medio siglo, asombrado también de que hubiese podido sobrevivir á tanta miseria.

—¿De dónde vienes ahora?—acabó por preguntarle.

—¡Oh! de todas partes—respondió Ragú con un gesto que abrazaba todo el horizonte.

—¿Habrás visto, pues, muchos países, gentes y cosas?

—¡Oh, sí! En Francia, Alemania, Inglaterra y América, he paseado mi cuerpo de un extremo á otro del mundo.

Y antes de irse á dormir, encendida la pipa, contó

á grandes rasgos su existencia de obrero nómada, sublevado contra el trabajo, perezoso y viciado. Continuaba siendo el fruto dañado del salariado, el jornalero que sueña con la destrucción del patrono tan sólo por ocupar el sitio de éste y aplastar, á su vez, á sus camaradas. No veía más felicidad que la de obtener una gran fortuna y comérsela con la alegría de haber sabido explotar la miseria de los pobres. Y violento en las palabras, aunque cobarde siempre ante el amo, trabajador inmoral, borracho incapaz de un trabajo seguido, había ido rodando de taller en taller, de comarca en comarca, expulsado de todas partes, marchándose él mismo cuando le daba la ventolera imbécil. Nunca había podido ahorrar un céntimo; en todas partes fué su huésped la miseria; cada año que pasaba le traía un desengaño más. Y cuando llegó la vejez, fué milagroso, efectivamente, que no muriese de hambre y de abandono, al pie de un hito. Hasta cerca de los sesenta años trabajó, obteniendo menudas labores. Luego se refugió, cayó en un hospital, de donde tuvo al fin que salir para dar en otro. Hacía quince años que se empeñaba en vivir así, sin saber bien cómo, á merced de las circunstancias. Ahora, mendigaba, hallando por los caminos el pedazo de pan y el montón de paja que le eran necesarios. Nada había cambiado en él, ni la rabia sorda, ni el feroz apetito de convertirse en patrono y de gozar.

—Pero—replicó Bonnaire conteniendo el cúmulo de preguntas que pugnaban por salirle á los labios,—todos esos países que has atravesado deben estar en plena revolución. Ya sé yo que aquí hemos ido de prisa, que les hemos tomado la delantera; pero por todas partes se progresa, ¿no es verdad?

—Sí, sí—respondió Ragú con su tono burlón,—se lucha, se procura rehacer la sociedad, lo cual no me ha impedido morir de hambre.

En Alemania, en Inglaterra, en América sobre todo, había presenciado huelgas y sublevaciones terribles. En todos los países que había recorrido á la ventura de sus odios y de su pereza, vió desarrollarse sucesos trágicos. Derrumbábanse los últimos imperios ocupando su lugar nuevas repúblicas, y las federaciones

de los pueblos vecinos empezaban á borrar las fronteras. Era como un deshielo de primavera, cuando las nieves se funden y desaparecen, poniendo al descubierto la tierra fecundada en que brotan las semillas y florecen en poco tiempo, al amor del sol triunfante. La humanidad entera hallábase, en efecto, en plena evolución, ocupada, al fin, en fundar la ciudad dichosa. Pero él, mal obrero, vicioso, eterno descontento, tan sólo había recogido sufrimientos de tales catástrofes; en las que se quejaba de recibir golpes sin haber logrado ocasión de saquear, siquiera las bodegas de un rico, para beber una vez en su vida todo cuanto le viniera en gana. Ahora, viejo vagabundo, viejo mendigo, se le importaba un ardite la ciudad de justicia y de paz, que no le devolvería su juventud, ni le daría un palacio con eselavos en que pudiera acabar su vida entre placeres, como los monarcas de que hablan las historias. Y burlábase amargamente del estúpido género humano que se tomaba tales fatigas para preparar, á los biznietos del siglo venidero, una casa algo más limpia que los hombres de hoy sólo en sueños disfrutaban.

—Durante mucho tiempo ha bastado ese sueño para ser felices—dijo Bonnaire tranquilamente.—Pero lo que tú dices no es cierto; la casa está ya casi reconstruida, hermosa, sana, alegre. Mañana te la enseñaré y verás si no causa ya gozo el habitarla.

Le indicó entonces que, al día siguiente, podría asistir á una de las cuatro fiestas del trabajo, que hacían desbordar la alegría en Beauclair á la entrada de cada estación. Cada una de ellas distinguíase por festejos particulares, basados en las condiciones de la estación misma. La del día siguiente, fiesta de verano, adornábase con todas las flores y frutos de la tierra, desbordando en una prodigiosa abundancia de riquezas ganadas, en un esplendor soberano de horizontes y de cielo en que llameaba el poderoso sol de Julio.

Ragú había vuelto á caer en su sombría inquietud, en el sordo temor de hallar al fin realizado en Beauclair, el antiguo sueño de la felicidad social. ¿Sería realmente cierto que, tras haber viajado por tantos países que, en medio de luchas dolorosas preparábase á dar á luz la sociedad futura, iba á encontrarla,

casi establecida ya en aquel pueblo, el suyo, del que tuvo que huir una noche de locura homicida? Aquella dicha tan furiosamente buscada en todas partes, se había creado allí, durante su ausencia, y su regreso servíale tan sólo para comprobar la felicidad de los demás, en el mismo momento en que él ya no podía contar con goce alguno. Y cuando Bonnaire se levantó para conducirlo á la alcoba, una alcoba blanca con gran lecho blanco que olía bien, le siguió con paso tardo, sufriendo con aquella hospitalidad tan amplia, tan fraternal, en medio de su feliz desahogo.

—Que duermas bien... hasta mañana.

—Sí, hasta mañana, si durante la noche no se nos cae encima este maldito mundo.

Sin embargo, á Bonnaire, que se acostó igualmente, le costó algo dormirse. También él atormentábase queriendo averiguar cuáles podrían ser las intenciones de Ragú. Varias veces había resistido al deseo de preguntarle francamente, por temor de provocar una explicación peligrosa. ¿No era preferible reservarse y proceder luego según aconsejaran las circunstancias? Temía una escena atroz, que aquel miserable bagabundo, loco por la miseria y el desastre, venido expresamente para armar escándalo, insultase á Lucas, insultase á Josina, repitiendo quizá su crimen. Así que se prometía no abandonarle ni un solo instante al día siguiente, paseándole por doquiera para estar seguro de que no iba solo á parte alguna. Por otra parte, en esa idea de enseñarle todas las cosas iba envuelta una discreta táctica, la esperanza de sobrecogerlo con el espectáculo de tanta riqueza, de tanto poder adquirido, hasta hacerle sentir la inutilidad de la rabia y de la sublevación de uno sólo. Así que conociera bien lo existente, no se atrevería, y su derrota sería definitiva. Y al cabo, Bonnaire, se durmió, resuelto á entablar aquella última lucha, por la armonía, la paz y el amor de todos.

A las seis de la mañana siguiente, sonó ya el pasacalle de la banda de trompetas, anunciador de la fiesta del trabajo de Beauclair. El sol estaba ya alto, astro de alegría y de fuerza en un cielo de Junio admirable, de un azul intenso. Comenzaron á abrirse las ventanas, á cruzarse saludos entre los árboles de una

casa á otra; y sentíase cómo el alma popular de la ciudad nueva se llenaba de alegría, mientras la diana de las trompetas seguía sonando, haciendo que surgiesen, de jardín en jardín, los gritos de los niños y las risas de las parejas de enamorados.

Bonnaire, que se vistió de prisa, halló ya á Ragú en pie, bien lavado en el baño próximo y vestido con un traje limpio que la noche anterior había quedado á su alcance sobre una silla. Una vez reposado, Ragú había vuelto á ser sarcástico, resueltamente decidido á burlarse de todo, á no conceder ni el más mínimo progreso. Al ver entrar á su huésped, soltó la risita maligna, su risa insultante y despreciativa.

—¡Dí tú que arman poco estruendo esos brutos con sus trompetas! ¡Bien fastidiarán á los vecinos que no gusten despertar sobresaltados! ¿Acaso tenéis todos los días esta música en vuestro cuartel?

El viejo maestro pudelador prefería verlo así, y sonrió dulcemente.

—No, no. Es tan sólo la diana alegre de los días de fiesta. Los demás días se puede dormir la mañanada en un delicioso silencio. Pero cuando la vida es buena, todo el mundo se levanta temprano, y sólo los enfermos sufren el disgusto de permanecer en la cama.

Luego, con bondadosa solicitud:

—¿Has dormido bien? ¿Has encontrado todo lo que te hacía falta?

Todavía trató Ragú de molestar:

—¡Oh! yo duermo bien en cualquier parte.

Hace años que me vengo acostando en los pajares, que valen tanto como la mejor cama del mundo.... Es como todos esos inventos, esas pilas de baños, esos grifos de agua fría y caliente, esos calentadores eléctricos que funcionan con sólo oprimir un botón, cosas todas de gran servicio sin duda, cuando hay prisa; pero en otro caso, preferible es lavarse en el río y calentarse en una buena estufa de las antiguas.

Y viendo que su huésped no contestaba, concluyó:

—Tenéis demasiada agua en las casas, deben de ser húmedas.

¡Qué blasfemia! ¡Decir aquello de las aguas corrientes, bienhechoras, tan puras, tan frescas, que constitulan

la salud, la fuerza, la alegría de Beauclair, cuyas calles y jardines bañaban con eterna juventud!

—El agua es nuestra amiga, el hada buena de nuestro destino feliz—dijo simplemente Bonnaire.—La verás brotar de todas partes y fecundar la ciudad... Vaya, vamos ante todo á desayunarnos, luego saldremos por ahí.

Aquel primer desayuno fué delicioso, en el comedor inundado de luz, invadido por el sol de Levante. Sobre el mantel blanquísimo, había leche, huevos, frutas, con un pan hermoso, tan dorado, tan bien oliente, que se adivinaba haber sido amasado y cocido por máquinas perfectas, por un pueblo feliz. Y el anciano huésped prodigaba á su miserable convidado las atenciones más delicadas, una especie de tierna hospitalidad, heroica y simple, que parecía esparcir en el aire tranquilo una dulzura, una bondad infinitas.

Mientras comían, siguieron hablando. Como el día anterior, Bonnaire no creyó prudente hacer preguntas directas. Sin embargo, dábase cuenta exacta de que Ragú, como todos los criminales, volvía al sitio donde había cometido el crimen, devorado por la invencible necesidad de ver, de saber. ¿Vivía aún Josina? ¿Qué hacía? ¿Y Lucas, salvado de la muerte, la había recogido á su lado? ¿Qué había sido, en fin, de uno y otro? Seguramente, todas estas curiosidades ardorosas brillaban en el flamear de los ojos del viejo vagabundo. Pero como no hacía alusión á ellas, guardando su secreto, Bonnaire hubo de contentarse con poner en ejecución el plan convenido la víspera, la exaltación de la ciudad nueva, y la glorificación de su prosperidad y de su poder. Y sin nombrar siquiera á Lucas, se puso á explicar la grandeza de su obra.

—Para que te hagas cargo, amigo mío, es preciso que te diga dónde nos hallamos, antes que te pasee por Beauclair. Ahora tocamos el triunfo, la eflorescencia completa del movimiento que á penas si se iniciaba cuando marchaste.

Y tomó la evolución en su comienzo, la fábrica de la Crêcherie fundada sobre la asociación del sapital, el trabajo y la inteligencia, dividida en acciones, con reparto de beneficios. Descubrió su lucha contra la

otra fábrica, el Abismo, la forma bárbara del salario, á la cual venció al fin, reemplazándola, conquistando poco á poco el viejo Beauclair miserable con la oleada victoriosa de las casitas blancas, tan alegres y dichosas. Luego contó cómo, por imitación, por necesidad, las demás fábricas de las cercanías habían venido á fundirse en la asociación primera; cómo se habían creado fatalmente otros grupos, el grupo del vestido, el de las habitaciones, sindicándose poco á poco todos los oficios del mismo género, acercándose unas á otras todas las especies, todas las familias, uniéndose indefinidamente. Entonces, la doble cooperación de la producción y del consumo habían decidido la victoria, y al reorganizarse el trabajo con este plan vastísimo, esta aplicación práctica de la solidaridad humana, había hecho surgir la sociedad nueva. Trabajábase sólo cuatro horas, en trabajos libremente escogidos, que podían variar siempre para que no perdiesen su atractivo, pues cada obrero poseía varios oficios, que le permitían pasar de un grupo á otro. Estos oficios estaban lógicamente encadenados, como la estructura misma del nuevo orden social, el trabajo regulador, única ley de la vida. Las máquinas, antes enemigas, habíanse convertido en dóciles esclavas, encargadas de los grandes esfuerzos. A los cuarenta años se consideraba que el individuo había pagado su deuda de trabajo á la ciudad, y trabajaba en adelante por puro placer. Y mientras que la cooperativa de producción hacía nacer de esta suerte la sociedad de justicia y de paz, basada en el trabajo consentido por todos, la cooperativa de consumo había hecho desaparecer el comercio, rueda inútil, consumidora de energía y de alegría. El labrador daba al obrero su trigo, y recibía el hierro y las herramientas. Varios Almacenes generales centralizaban los productos y los distribuían directamente, según las necesidades.

Ahorrábanse de este modo millones y millones, puesto que ni el égio ni el robo distraían nada en el cambio. Simplificaba la existencia toda, tendiase á la completa desaparición del numerario, el cierre de los Tribunales y de las prisiones, puesto que, por el interés privado, no se originaban ya cuestiones lanzando á

unos hombres contra otros con la locura del fraude, del robo y de la muerte violenta. ¿Qué razón había de tener ya el crimen, dado que no existían pobres, ni desheredados, y la paz fraternal afirmábase cada día más entre los ciudadanos, convencidos al fin de que la felicidad de cada cual se componía de la felicidad de todos? Inmensa paz reinaba; la contribución de sangre había desaparecido como todas las contribuciones. No más consumos, no más tributos de ningún género, no más prohibiciones: libertad completa de la producción y de los cambios. Y, sobre todo, después que quedaron suprimidos los parásitos, los empleados innumerables, funcionarios, magistrados, gentes de cuartel ó de iglesia, que antes chupaban la vida del cuerpo social, habíase producido una enorme riqueza, un amontonamiento tan prodigioso de bienes que, de año en año, los graneros, ya insuficientes, crugían bajo el peso siempre mayor de la fortuna pública.

—Está muy bien todo eso—interrumpió Ragú.—Pero no importa. El verdadero placer está en no hacer nada, y si seguís trabajando, no sois señores. No hay quien me saque de aquí... Además, de un modo ó de otro, siempre resulta que os pagan; es siempre el salariado; y héte aquí convertido, tú que pedías la entera desaparición del capital.

Bonnaire soltó su risa francamente alegre.

—Verdad es, han acabado por convertirme. Creía en la necesidad de una revolución brusca, de un golpe de mano que nos hubiese hecho dueños del poder, con la posesión del suelo y de todos los instrumentos del trabajo. Pero no hay manera de resistir á la fuerza de la experiencia. Hace ya muchos años que veo aquí la conquista segura de esa justicia social, de esta dicha fraternal cuyo sueño me atormentaba. Ahora, he adquirido paciencia; he tenido la debilidad de contentarme con la conquista de hoy, en la certeza que tengo de la victoria de mañana... Te concedo, sí, que aún queda mucho por hacer; que nuestra libertad y nuestra justicia no son totales; que el capital y el salariado debén desaparecer por completo; que el pacto social se librará de toda forma de autoridad y el individuo será libre en la humanidad libre. Nosotros obra-

mos sencillamente de manera que los hijos de nuestros nietos realicen esa ciudad de la justicia y la libertad plenas.

Terminó, entonces, explicando los métodos de instrucción y educación, las casas cunas, las escuelas, los talleres de aprendizaje, el despertar del hombre en el niño, aceptando y cultivando todas las energías pasionales, desarrollándose juntos los niños y las niñas, anudando más estrechamente el lado de la pareja amorosa, de que debería depender la fuerza de la ciudad. En eso estaba el porvenir cada vez más libertador, en esas parejas del mañana, que crecían para él, con la voluntad y la inteligencia de las faenas decisivas. Cada generación, más libre, más capaz de equidad y de bondad, traía su piedra á la obra final.

Y mientras tanto la riqueza incalculable de la ciudad iría aumentando sin cesar, ya que la supresión de la herencia, conseguida casi por completo, no permitía que se formasen grandes fortunas individuales, escandalosas y desmoralizadoras, logrando así, poco á poco, que el prodigioso fruto del trabajo de todos, perteneciese desde luego á todos. Las rentas, los grandes libros caíanse también á pedazos; y los rentistas, los ociosos que vivían del trabajo ajeno ó del propio reunido, atesorado egoístamente, formaban una especie próxima á desaparecer. Todos los ciudadanos eran igualmente ricos, puesto que la ciudad, repleta de trabajo común, libre de trabas, preservada del derroche y del robo, amontonaba riquezas sin cuento, cuya producción seguramente habría que moderar al fin. Los goces que en otro tiempo estaban reservados á una minoría privilegiada, los manjares exquisitos, las flores, los atavíos brillantes y encantadores que embellecen la vida, eran ahora lujos asequibles á todos. Si en el hogar doméstico reinaba una gran sencillez, contentándose cada cual con la dicha de su casa, los edificios públicos desbordaban de suntuosidad extraordinaria, capaces para albergar muchedumbres numerosas, tan cómodos y atractivos que eran, en verdad, como los palacios del pueblo, los lugares de delectación en que apetecía vivir. Eran Museos, Bibliotecas, Teatros, Baños, Juegos, diversiones, simples pórticos que